

ARTURO  
PÉREZ-REVERTE



UNA AVENTURA DE  
LORENZO FALCÓ

*Eva*

*«No me tengas por una de esas burguesitas perdidas entre las filas obreras. Soy una agente soviética, y tus criminales jefes fascistas podrían pedirte cuentas».*

Marzo de 1937. Mientras la Guerra Civil sigue su trágico curso, una nueva misión lleva a Lorenzo Falcó hasta Tánger, turbulenta encrucijada de espías, tráficos ilícitos y conspiraciones, con el encargo de conseguir que el capitán de un barco cargado con oro del Banco de España cambie de bandera. Espías nacionales, republicanos y soviéticos, hombres y mujeres, se enfrentan en una guerra oscura y sucia en la que acabarán regresando peligrosos fantasmas del pasado.

Tras el éxito internacional de Falcó, realidad y ficción vuelven a enlazarse magistralmente con el talento literario de Arturo Pérez-Reverte en esta asombrosa novela de lectura fascinante.

# Índice de contenido

1. Norddeutscher Lloyd Bremen
  2. El oro de la República
  3. Té con pastas
  4. La ciudad blanca
  5. Ojos como tazas de café
  6. El cabaret de la Hamruch
  7. Los dos capitanes
  8. Allí jamás será aquí
  9. Necesidades operativas
  10. «Die letzte Karte»
  11. Era un sombrero nuevo
  12. Ojo por ojo
  13. Entre perro y lobo
  14. Mírame a los ojos
  15. Cada cual hace lo que puede
  16. La última carta de la Muerte
  17. Epílogo
- Sobre el autor

*A Jorge Fernández Díaz, cuchillero en Buenos  
Aires.  
Por la hermandad. Por el honor.*

*Cuando te adentras en el corazón de una mujer, te expones a un peligroso viaje.*

Hans Hellmut Kirst, *Richard Sorge*.

—*¿Lleva usted algún arma más?*

—*Mis manos. Pero sobre ellas nada pueden decir los funcionarios de aduanas.*

W. Somerset Maugham, *Ashenden*.

Aunque documentada con hechos reales, *Eva* es una novela cuya trama y personajes son imaginarios. El autor ha alterado ciertos detalles históricos según las necesidades de la ficción.

## 1. Norddeutscher Lloyd Bremen

No quiero que me maten esta noche, pensó Lorenzo Falcó.

No de esta manera.

Sin embargo, estaba a punto de ocurrir. Los pasos a su espalda resonaban cada vez más cercanos y rápidos. Sin duda tenían prisa por alcanzarlo. Había escuchado el grito del enlace al caer en la oscuridad, a su espalda, desde el mirador de Santa Luzia, y el golpe del cuerpo al estrellarse contra el suelo quince o veinte metros más abajo, en una callejuela oscura del barrio de Alfama. Y ahora iban a por él, en busca del trabajo completo. De rematar la faena.

El desnivel de la cuesta lo ayudaba a caminar más deprisa, pero también facilitaba el paso a sus perseguidores. Eran dos hombres, había entrevisto arriba mientras el enlace —apenas vislumbró su cara, solo un bigote bajo el ala de un sombrero, en la penumbra de una farola lejana— le pasaba el sobre, como estaba previsto, un momento antes de advertir la presencia de los extraños y proferir una exclamación de alarma. Se habían separado apresuradamente, alejándose el enlace a lo largo de la barandilla del mirador —por eso lo habían atrapado primero— y Falcó calle abajo, con las luces vagas de Lisboa extendiéndose más allá, al pie del barrio elevado, y la cinta ancha y negra del Tajo fundiéndose con la noche, en la distancia, bajo un cielo sin luna y salpicado de estrellas.

Había una vía de escape a la izquierda, entre las sombras. Recordaba el lugar porque lo había estudiado por la mañana, a la luz del día, en previsión de la cita nocturna. Era aquel un antiguo y práctico principio profesional: antes

de arriesgarse en un lugar, decidir por dónde abandonarlo, si era necesario ir con prisas. Falcó recordaba el nombre rotulado en un azulejo: Calçadinha da Figueira. Era un callejón estrecho, muy en cuesta abajo, al que se accedía por una escalera de piedra de dos tramos y barandilla de hierro. Así que, torciendo con brusquedad a la izquierda, bajó rápidamente por ella, guiándose con una mano en la barandilla para no tropezar en la oscuridad. Al final había un arco, donde el callejón discurría a la derecha en ángulo recto. Un arco angosto, por el que solo podía pasar una persona a la vez.

Los pasos venían detrás, cada vez más cerca. Sonaban ya en los primeros peldaños de la escalera. No voy a morir esta noche, se repitió Falcó. Tengo planes más atractivos: mujeres, cigarrillos, restaurantes. Cosas así. De modo que, puestos a ello, es mejor que mueran otros. Entonces se quitó el sombrero, introdujo los dedos entre la badana y el fieltro y extrajo la hoja de afeitar Gillette en su envoltorio de papel que llevaba allí oculta. Mientras recorría el último tramo hacia el arco deshizo el envoltorio y, tomando el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, se protegió con él los dedos para sujetar la cuchilla entre el pulgar y el índice. Llegó así al arco, torció a la derecha y apenas lo hizo se quedó allí inmóvil, pegado a la pared, escuchando el sonido de pasos cada vez más próximos, entre el rumor del pulso acelerado que le batía fuerte en los tímpanos.

Cuando la primera silueta apareció en el arco, Falcó se interpuso con rapidez y lanzó un tajo rápido de derecha a izquierda en la garganta. En el rostro en sombra apareció un breve destello claro —los dientes de una boca abierta por el estupor—, e inmediatamente, una exclamación de sorpresa que se quebró a la mitad en un gorgoteo agónico, como si el aire de los pulmones del hombre herido escapase entre un velo fluido y líquido por su tráquea abierta. Cayó desplomándose en el acto, a la manera de un cuerpo desmadejado que de repente perdiera toda consistencia.

Un bulto atravesado en el suelo, bajo el arco. Y la sombra que venía detrás se detuvo de pronto, guardando la distancia.

—Venga, hijo de puta —faroleó Falcó—. Acércate un poco más... Vamos.

Tres segundos de inmovilidad. Quizá cinco. Falcó y el otro quietos en el callejón, y el bulto del suelo que seguía emitiendo su ronco quejido líquido. Al cabo, el segundo perseguidor retrocedió despacio en la oscuridad, cauto, desandando camino.

—Vamos, hombre —dijo Falcó—. No me dejes así, con las ganas.

Sonaron los pasos, más apresurados ahora, alejándose callejón y escalera arriba hasta que dejaron de oírse. Entonces Falcó respiró hondo, todavía inmóvil, permitiendo que el latir de su pulso en los tímpanos recobrase la normalidad. Después, cuando cesó el leve temblor que le agitaba los dedos, tiró la hoja de afeitar y el pañuelo, tras limpiarse con este el líquido viscoso, aún tibio, que le manchaba la mano.

Se agachó para cachear el cuerpo caído, que al fin estaba en silencio: un cuchillo en funda sujeta al cinturón, tabaco, fósforos, monedas sueltas. En el bolsillo interior de la chaqueta había una billetera, que Falcó se guardó. Después se incorporó, mirando alrededor. El paraje estaba desierto, y casi todas las casas próximas, a oscuras. En varias de ellas se entreveían rendijas de luz, y de algún lugar remoto llegaba música de radio con una voz femenina cantando un fado. Un perro ladró a lo lejos. En el cielo negro seguía habiendo tantas estrellas que Lisboa parecía cubierta de un enjambre de inmóviles luciérnagas.

Por un momento pensó en buscar el cuerpo del enlace al pie del parapeto por el que había caído, o lo habían arrojado, pero en seguida desechó la idea. La curiosidad, advertía el viejo dicho, mató al gato. Siguiera vivo o no el enlace después de aquellos quince o veinte metros desde el

mirador hasta el suelo —lo más probable era que estuviese muerto—, ese ya no era asunto de Falcó. Solo sabía de él que era portugués, que trabajaba para el bando nacional por convicción o dinero, y que le había entregado información que debía transmitir al cuartel general franquista en Salamanca. Así que mejor no complicarse más la vida. Alguien, un transeúnte casual, un vecino, un vigilante nocturno, podía aparecer por allí; o tal vez el segundo perseguidor, tras pensarlo mejor, decidiera volver sobre sus pasos y vengar a su compañero. Nunca se podía estar seguro de esa clase de cosas. El de Lorenzo Falcó era un oficio de imprevistos; un ajedrez de riesgos y probabilidades. Por otra parte, el sobre, objeto del encuentro nocturno, lo llevaba ya en el bolsillo. Nada más le interesaba del otro, soldado anónimo, sin rostro siquiera —aquel bigote entrevisto bajo el sombrero—, de una guerra sucia que se libraba tanto en los campos de batalla de España como en las respectivas retaguardias, y también en lugares extranjeros oscuros y sórdidos como aquel. Lances sucios, propios de un sucio oficio. Espías tan sin rostro como el agente republicano degollado bajo el arco, o el fulano que, prudente, había puesto pies en polvorosa por miedo a correr la suerte de su compañero. Peones desechables en un tablero donde jugaban otros.

Bajó hasta la rua de São Pedro volviéndose de vez en cuando para comprobar si alguien lo seguía. Un latido de dolor le martilleaba la sien derecha, sin duda a causa de la tensión, e instintivamente se palpó el bolsillo de la americana donde llevaba el tubo de cafiaspirinas; aquel era su punto flaco, las migrañas que a veces lo dejaban aturdido, incapaz de moverse, boqueando como un pez fuera del agua. Necesitaba un sorbo de algo para tragarse una, pero eso tendría que esperar. Lo principal era alejarse de allí. Y rápido.

Buscó calles anchas para evitar una posible emboscada. Al fin dejó la Alfama atrás, y deteniéndose bajo la luz turbia

de una farola en la rua dos Bacalhøiros, entre la bruma que la humedad hacía ascender desde el río cercano, sacó el sobre del bolsillo, rasgándolo para ver qué contenía. Le sorprendió ver que se trataba del folleto, doblado en dos, de una compañía naviera, la Norddeutscher Lloyd Bremen. Solo eso. Una hoja tamaño cuartilla impresa por una sola cara. Estaba ilustrada con un transatlántico, y debajo había una lista de barcos e itinerarios a América y al Mediterráneo Oriental. Volvió a meter el folleto en el sobre, lo devolvió al bolsillo y revisó la billetera del muerto. Había en ella cierta cantidad de dinero en escudos portugueses, que se guardó sin reparos, un abono para los tranvías de Lisboa, la fotografía de una mujer joven y dos cédulas de identidad con el rostro del mismo sujeto —moreno, flaco, cabello rizado y escaso— pero con nombres diferentes: una de las cédulas, sin duda falsa, era portuguesa, a nombre de João Nunes, empleado de comercio. La otra era española, con membrete del Servicio de Información Militar y tampón de la República, emitida a nombre de Juan Ortiz Hidalgo. Se metió esta última en el bolsillo. Después tiró el resto con la cartera a un cubo de basura y se alejó caminando de prisa, aunque no lo bastante para llamar la atención.

Al empujar la puerta del Martinho da Arcada —un pequeño café restaurante de paredes sencillas y blancas, en los soportales de la praça do Comércio—, Falcó se dio cuenta de que tenía manchado de sangre el puño derecho de la camisa. Entró, y mientras saludaba al camarero vio que Brita Moura estaba sentada de espaldas, al fondo, en la última mesa junto a la ventana. Pasó directamente al cuarto de baño, puso el pestillo a la puerta, abrió el grifo y con un sorbo de agua en el cuenco de las manos ingirió dos cafiaspirinas. Luego se quitó la americana y el gemelo de oro que sujetaba el puño almidonado a la manga de la camisa, y lavó este hasta que la sangre casi desapareció. Lo

secó con la toalla del lavabo y volvió a ponérselo. En su muñeca izquierda, el Patek Philippe indicaba once minutos de retraso. Eso era algo razonable, y la mujer que aguardaba no estaría demasiado furiosa por ello. O no demasiado tiempo.

Palpó el bolsillo de la chaqueta para comprobar que el sobre seguía allí. Luego se estudió detenidamente en el espejo, buscando alguna huella más de la reciente refriega, pero solo vio la imagen de un hombre atractivo de treinta y siete años, vestido con un traje oscuro de corte impecable, el pelo negro peinado hacia atrás, reluciente de brillantina. Se pasó una mano por él para alisarlo un poco más y luego recompuso el nudo de la corbata. Con ese último ademán, su rostro endurecido por años de tensión y peligro pareció relajarse, dando paso a una expresión irónica y amable: la del hombre apuesto que llega tarde a una cita escudándose tras una sonrisa, seguro de hacerse perdonar.

—Por Dios —protestó la mujer—. Llevo aquí media hora sola como una tonta, esperándote.

—Lo siento —respondió Falcó—. Me retuvo un negocio urgente.

—Pues vaya horas para los negocios. Y además, citándome en este lugar.

Dirigió Falcó en torno una sonrisa tranquila.

—¿Qué le pasa al lugar?

—Es una simple casa de comidas... Podríamos haber ido a un sitio mejor, con música.

—Me gusta este. Los camareros son simpáticos.

—Qué tontería.

Brita Moura no estaba acostumbrada a que los hombres se retrasaran con ella. Era morena, de boca grande y sensual, con una anatomía contundente que llenaba cada noche el patio de butacas del teatro Edén —la revista musical se titulaba *Solteira e sem compromisso*—, pestañas posti-

zas y labios de un rojo muy intenso, a lo Crawford. Llevaba la media melena negra peinada hacia atrás con fijador, como el propio Falcó, con la frente despejada en un leve toque virago. El suyo era un rostro habitual en carteles publicitarios y portadas de semanarios ilustrados portugueses. Nacida veintisiete años antes en un pueblecito del Alentejo, Brita era de esas hembras por las que los jóvenes perdían el corazón y los viejos la cartera. Había recorrido un duro camino hasta convertirse en la actriz y vedette famosa que era ahora, y no dudaba en hacérselo pagar a los pocos afortunados que lograban acercarse lo suficiente. Falcó, sin embargo, era una de sus debilidades. Se habían conocido cinco semanas atrás en una de las mesas de ruleta del casino de Estoril, y se veían de vez en cuando.

—¿Qué te apetece? —Con toda naturalidad, Falcó consultaba la carta.

Ella arrugaba la nariz, caprichosa. Todavía enfurruñada.

—Se me han quitado las ganas de cenar.

—Yo pediré bacalao a la brasa... ¿Tomarás vino?

—Eres un insensible y un canalla.

—No. Solo tengo hambre —el camarero aguardaba, solícito—. ¿También pescado para ti?

No era cierto. No sentía hambre en absoluto, pero aquella prosaica liturgia social le ayudaba a serenar la cabeza. A escudarse tras la banalidad de una conversación intrascendente con una mujer hermosa. Ordenaba de esa manera ideas y propósitos. Recuerdos inmediatos.

—Solo una sopa ligera —dijo Brita—. Estoy engordando demasiado.

—Eso es absurdo, querida. Estás perfecta.

—¿Tú crees?

—Sí. Espléndida.

Ella había suavizado el gesto. Se palpó las caderas.

—Pues los de la revista *Ilustração* dicen que estoy ganando peso.

Sonrió Falcó con aplomo mundano. Había sacado la pitillera de carey y le ofrecía un Players.

—Los de la revista *Ilustração* son unos imbéciles.

Ella se inclinaba hacia él sobre la mesa, acercando su cigarrillo a la llama del Parker Beacon de plata.

—Tienes mojado un puño de la camisa —observó.

—Ya —Falcó encendió su propio cigarrillo—. Una salpicadura del grifo, al lavarme las manos.

—Qué bobo.

—Sí.

Fumaron mientras llegaba la cena. El dolor de cabeza de Falcó había desaparecido. Brita hablaba de su trabajo, del éxito de la taquilla, del contrato para la nueva revista que se pondría en cartel de allí a un par de meses. De un proyecto cinematográfico que le habían ofrecido. Falcó seguía la conversación con aire interesado y cortés, mirando todo el tiempo a los ojos de la mujer con aparente atención; formulando en los momentos precisos, como si de cumplir con un guion se tratara —y eso era, a fin de cuentas—, comentarios adecuados o preguntas oportunas. Uno de tus más perversos encantos, le había dicho en cierta ocasión el Almirante, consiste en que sabes escuchar como si lo que te dicen resultara decisivo para tu vida y tu futuro. Lo más importante del mundo. Y cuando al fin la víctima advierte el truco, es demasiado tarde, porque ya le has robado la cartera o dado un navajazo en la ingle. O, si es mujer, te has metido en su cama.

—¿Adónde iremos después? —se interesó Brita.

—No lo he pensado.

Era cierto. Tenía la cabeza ocupada en el sobre que llevaba en el bolsillo, en el enlace y el agente republicano muertos, en el otro fugitivo, que a esas horas debía de haber informado ya a los suyos del incidente. En cómo iba a reaccionar la policía portuguesa. En el prospecto de la Norddeutscher Lloyd Bremen y la relación de barcos que contenía, y en el dato exacto que debía transmitir, una vez des-

cifrado, a la jefatura del Servicio Nacional de Información y Operaciones. En principio no había prisa, pues tenía previsto comunicarse con Salamanca por la mañana; pero ni siquiera la belleza de la mujer que tenía enfrente lograba despejar su inquietud. Algo dentro de aquel sobre, de lo ocurrido media hora antes en la Alfama, no era lo que aparentaba. Había cabos sueltos, y no podría quedarse tranquilo hasta atarlos.

—¿Quieres un poco más de vino?

Acercaba la botella a la copa de la mujer. La sonrisa de ella indicó que se habían despejado las últimas nubes. Fundido el hielo. Todo en orden.

—Gracias, amor.

Por otra parte, con Brita Moura ya se había acostado Falcó varias veces. Cuatro, para ser exactos: una en el hotel Palacio de Estoril y tres en Lisboa, en el lujoso apartamento que ella tenía en la travessa do Salitre. No esperaba, por tanto, mucha novedad por ese lado, aparte el retorno cálido y temporal a la intimidad de aquel cuerpo espléndido, por lo demás rutinario y poco imaginativo; aunque, eso sí, de fluidos fáciles, agradecidos y abundantes. Iba a tratarse, en resumen, de dos o tres horas agradables antes de regresar al hotel —no era partidario de arriesgar la piel durmiendo en casas ajenas— con las manos en los bolsillos y el cuello de la chaqueta subido, de madrugada, esquivando el chorro de agua de las mangueras de los barrenderos municipales. Aquella era la parte mala. Tampoco resultaba, a fin de cuentas, un programa como para tirar cohetes.

—Podemos ir a bailar —sugería ella—. Al Barrio Alto. Han abierto un sitio nuevo junto a Tavares que está muy bien... Una orquesta americana de *jazz*, con músicos negros.

—Es una posibilidad.

Brita volvió a inclinarse hacia él. Apoyaba un codo en la mesa y sostenía en alto el cigarrillo manchado de *rouge*,